

Como alas de mariposas

Reseña de Gabriel Baltodano Román
Profesor de Literatura
Investigador
Universidad Nacional

El género epistolar supone uno de esos casos difíciles, pues se sitúa a medio camino entre la más profunda verdad y el cosmético de la belleza. Sus páginas se escriben a modo de confidencias, de endebles secretos. Cargadas de nuestras miserias, causan estupor. A los estudiosos de las letras les resulta hartamente complejo acercarse a esta clase de escritos, pues resumen subjetividad. Las cartas ocultan una profunda nostalgia frente al cambio. Se erigen como efímeros monumentos ante el paso de los años.

No obstante, su justa fragilidad las coloca en un trance de muerte. Quebradizas como sus remitentes en épocas oscuras, desaparecen de nuestros archivos, se disuelven o se ignoran. En estos términos, la labor del profesor Oliva nos restituye un documento valiosísimo. Digo *restituye* porque la edición de esta serie de cartas, junto con un estudio preliminar, permite al lector superar las barreras impuestas por el género. Las cartas son únicas, al modo de la comunicación que permiten. Publicarlas implica superar esta limitante.

Las cartas escritas por don Joaquín García Monge resumen amor por los demás, legítimo interés por la sociedad y constancia. Éstas, en particular, delinean el retrato de un período convulso. En estos *papelitos*, como su autor las llama, figura un hombre agotado. La relación entre Alfredo Cardona Peña y el maestro va más allá de la unión entre dos intelectuales. En diversos aspectos, se asemeja al vínculo entre un padre decaído y un próspero hijo; entre un mentor descalificado y un discípulo prestigioso.

Y sin embargo, cuánto de García Monge permanece. La amistad, la absoluta devoción por sus amigos y por la causa de la divulgación cultural prevalecen. Frente a las carencias propias, se muestra entusiasta por los logros ajenos. Nada perturba esta faceta del gran editor costarricense.

Como entonces, casi treinta años antes, Max Jiménez elogiaba esta vertiente de su ánimo: “Sabemos los jóvenes cuán duro es iniciarse, y hemos de pagar tributo a la mano firme que llena de conocimientos se tiende a los muchachos. Hay quienes gozan de la misma buena voluntad pero no lo hacen, acaso, por falta del requerido y libre juicio, y el temor, en consecuencia, de que sus augurios resulten fallidos”, escribe como dedicatoria en *Unos fantoches*.

La ausencia de egoísmo causa admiración, tanto más cuando emerge como el rasgo sobresaliente de este hombre envejecido e injustamente disminuido al silencio y la privación. Cuando estas misivas fueron redactadas (entre 1940 y 1955, específicamente), el Repertorio Americano atravesaba una época de acabamiento. El maestro, que en todo se parecía a su obra, vivía sofocado y entristecido. En una nota escrita en 1952, explica: “Yo soy un cautivo de las circunstancias en que vivo; no me puedo alejar de la casa; aquí, a una de las poblaciones lejanas, no hago viaje, no atiendo invitaciones si tengo que volver al otro día (...). Vivo con doña Cecilia y estamos solos; no hay modo de dejarla. Este medio está lleno de prejuicios y suspicacias (...). Si alguna vez más adelante saliera de aquí, sería para no volver más”.

Los años polémicos referidos por Fernando Herrera definen el sendero de García Monge. Su vejez no es de exilio sino de retiro. La angustia y la frustración persiguen las memorias



de estos días. Los sentimientos e impresiones recogidos en estas cartas nos permiten imaginar la atmósfera de menosprecio en que este ilustre costarricense vivió y murió.

La comunicación con Cardoña Peña ofrece un remanso. Para García Monge, estos escritos servían como instrumento, pero también como desahogo. En estos textos, Cardoña Peña ocupa diferentes lugares. Con frecuencia, el maestro lo elogia como poeta (basta atender las cartas del 8 de noviembre de 1951 y del 6 de agosto de 1952). O agradece sus bondades y empresas de patrocinador (1 de marzo, 1 de abril y 23 de julio de 1952). En ocasiones, discute con él acerca de las encrucijadas intelectuales de la época (en la nota del 5 de febrero de 1951 le urge a desarrollar sus dotes de crítico). Otras veces, acude a él como confidente.

En esta última variante, García Monge convierte a Cardoña Peña en un oyente. Se dirige a él con el propósito de contarle los detalles más sentidos de su existencia; por ejemplo, la pesadumbre causada por la partida de su nieta. En estos momentos, el lector de *Como alas de mariposa* encontrará un retrato estremecedor del maestro; una psicología de la intelectualidad costarricense de la primera mitad del siglo XX, un motivo desafortunado pero recurrente en nuestra cultura: el abandono sufrido por los más ilustres.

Oliva Medina, Mario. (2008). *Como alas de mariposas: correspondencia de Joaquín García Monge a Alfredo Cardoña Peña*. Costa Rica: EUNA